F E L I P E II

UN REY SENSUAL Y NATURALMENTE INCLINADO HACIA EL SEXO FEMENINO

Juan Hernández Hortigüela

PRÓLOGO

Serán pocos los españoles, pienso yo, los que no conozcan la mayor parte de la Historia de este gran rey español, su obra, sus guerras por toda Europa, y las otras en defensa del catolicismo. Castellano de nacimiento, vio la primera luz en la ciudad de Valladolid, el día 21 de mayo de 1527. Sus regios padres fueron el emperador y rey de España, Carlos I, e Isabel de Portugal ; sus abuelos paternos fueron Juana de Castilla *(La loca)* y Felipe el Hermoso; sus abuelos maternos fueron Manuel I de Portugal y María de Aragón. A la muerte de su padre, Felipe heredó un imperio del que se tuvo que ocupar desde la nueva capital, Madrid. Murió el día 13 de septiembre de 1598 y deseó ser enterrado en el Monasterio de El Escorial, cercano a Madrid.

Aunque obviemos, su historia como rey y gobernante de un gran imperio, jamás igualado en la Historia del mundo, no debemos dejar de recordar que durante su reinado se inició la nueva e importante etapa de pacificación en Hispanoamérica, superando la conquista que se realizó durante el reinado de su padre. Desde la amplia frontera de la Nueva España, por el norte, hasta la Patagonia, por el sur, se fundaron centenares de grandes ciudades en América, sin olvidar su decisión de incorporar a occidente la única nación de Asia, Filipinas, que con todo merecimiento lleva su nombre, pues a él, y solo a él, se debe la decisión de que las Islas Filipinas fueran una provincia más de la Corona española, donde permaneció hasta las postrimerías del siglo XIX.

En el presente artículo nos vamos a centrar, en primer lugar, en su infancia y vida íntima familiar, hasta lograr entender las causas de sus amores, desamores y sus inclinaciones vitales hacia la íntima compañía con mujeres, fueran pertenecientes a su vida de familia, a sus esposas (que fueron varias) y a sus variopintas relaciones sexuales con otras mujeres, a las que también dedicó muchas horas de amor y entretenimiento.

El embajador de Venecia, don Diego Guzmán de Silva, describió a Felipe II como un hombre *sensual y naturalmente inclinado hacia el sexo femenino,* descripción que nos ha parecido muy adecuada para utilizarla, como subtítulo, de este breve ensayo amoroso de un rey que, para muchas mujeres, fue tan hermoso como su abuelo Felipe.

Juan Hernández Hortigüela

No fue muy feliz la vida familiar de Felipe durante su infancia. Su padre llegó a ser casi un extraño en los primeros años de su vida; sus prolongadas ausencias, debido a incesantes viajes, le obligaron a refugiarse en el entorno familiar de su madre, Isabel, de sus hermanas María y Juana, a las que adoraba, especialmente a María con la que mantuvo correspondencia y trato confidencial con un cariño especial, y en su aya, la portuguesa Leonor Mascarenhas. La muerte de su madre, cuando Felipe tenía doce años, le ocasionó una gran tristeza y depresión que le convirtió en una persona muy reservada, dedicado a practicar sus actividades más queridas, como la caza, la pesca y el contacto con la naturaleza. A pesar de que en sus años infantiles no se prodigaron los contactos entre padre e hijo, Felipe siempre demostró un gran respeto por su progenitor, como lo demuestran sus frecuentes cartas, donde Carlos le daba útiles consejos y Felipe respondía con gran sentimiento, respeto y obediencia. La familia real, de un gran sentimiento religioso católico, fue heredado por Felipe que no lo abandonó durante toda su existencia.

A partir de los siete años fue educado por maestros y educadores, elegidos por su padre, que le dirigieron hacia una educación humanista basada en las obras de Erasmo. Nunca se distinguió Felipe por ser un aplicado estudiante, aunque fue un lector empedernido de libros, afición que le acompañó toda su vida, como lo demuestra su actitud legando una extraordinaria biblioteca en el Monasterio de El escorial, "*el palacio viene a ser una primitiva academia de todas las ciencias. Miles de volúmenes de todas las disciplinas se van reuniendo en la biblioteca.* "

Como hombre culto que fue, muy aficionado a la pintura, adornó el monasterio de El Escorial con importantes obras de pintores, principalmente italianos. Muy aficionado a la música, aprendió a tocar la vihuela y sería el principal protector del gran músico burgalés Antonio Cabezón, quien le acompañaba en todos sus viajes internacionales, incluso a Londres con motivo de su boda con María Tudor. Habló Felipe el idioma español y el portugués, se hacía entender en latín, en Francés y, escasamente, en alemán.

Felipe fue un gran trabajador, muy reservado, le molestaba que se dirigieran a él como "majestad"; pasaba mucho tiempo en su despacho leyendo y firmando cantidad de documentos que le presentaban sus secretarios, y recibiendo visitas oficiales. Nunca le gustó embarcarse porque sufría mareos; es por ello por lo que el mar no le fascinó nunca, aunque vivió durante cinco años en los Países Bajos.

Estaba obsesionado con la higiene personal porque su salud nunca fue muy fuerte, padeciendo diferentes enfermedades a lo largo de su vida; la dieta principal de Felipe fue siempre la carne, sobre todo de la caza, lo que le provocó, en los últimos años de su existencia, gran padecimiento con la gota.

Felipe demostró siempre un amor especial por sus dos hijas, Catalina Micaela e Isabel Clara Eugenia, a la que confió muchos secretos de Estado, considerándola como su fiel y querida secretaria, que le acompañó hasta el día de su muerte. Sin embargo, las relaciones con su hijo, Don Carlos, siempre fueron muy difíciles, debido a sus varias dolencias (algunas achacables a la consanguineidad de sus

padres, Felipe II y María Manuela de Portugal) agravadas con motivo de la acusación de su padre de traición, debido a sus planteamientos contrarios a la Corona, respecto a la relación con los Países Bajos; la muerte de Don Carlos ha sido muy manipulada y forma parte de la leyenda negra contra España.

Siempre trató de ser justo en sus decisiones, aunque se le achacan errores de Estado, como las tres quiebras de su Hacienda durante su reinado, su proceso contra el Arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza de Miranda, el ya citado oscuro caso de su hijo Don Carlos, o la muerte del Justicia Mayor de Aragón, Juan Lanuza, y otras de las que no nos vamos a ocupar ahora. Errores y aciertos, así es el caminar de cualquier gobernante

El amor oficial, y el extraoficial, de Felipe II.

Hay algunos autores que escriben que Felipe II era un hombre apático en el aspecto sexual; desde luego, esta apreciación se referirá a la última etapa de su vida, porque en el restante de ella, demostró todo lo contrario, diciéndose de él que era "incontinente con las mujeres". Lo que si es cierto es que, la muerte de Juan de Trastámara, el único hijo de los Reyes Católicos, que murió enfermo de tuberculosis por su enfermiza adición al sexo, influyó en Carlos I, su padre, para que este aspecto humano fuera siempre controlado por los educadores de Felipe y por su propia madre, Isabel. Carlos influyó en su hijo en la peligrosidad del exceso de sexo, aconsejándole que, *La relación sexual para un joven suele ser dañosa, así para el crecer del cuerpo como para darle fuerzas, muchas veces pone tanta flaqueza que estorba a hacer hijos y quita la vida como lo hizo al príncipe Don Juan, por donde viene a heredar estos reinos.*

Tal vez, el gran espíritu religioso de Felipe, heredado de su padre, sus amores fuera del matrimonio los mantenía en secreto, para guardar las formas y proporcionar un aspecto de puritanismo, apareciendo en la sociedad como "Prudente", aunque fue tan imprudente en el sexo, como otros muchos de sus familiares…

El primer matrimonio de Felipe II fue, por poderes, con su prima hermana, María Manuela, de su misma edad, 16 años, el día 12 de mayo del año 1543; era María Manuela hija de la hermana de su padre, Catalina de Austria. Matrimonio, como era habitual en la época, motivado por intereses de alianzas de la Corona española. No era María Manuela muy agraciada físicamente, más bien feúcha y demasiado entrada en carnes, siempre reprendida por su madre por su afición a excederse en el comer. Lo que sí se conoce es que era una mujer simpática y agradable de trato con todos. El primer encuentro físico de los esposos, en Salamanca, no se efectuó hasta el mes de octubre del mismo año, es decir, cinco meses después del matrimonio oficial. Este retraso fue provocado por el educador de Felipe, Juan de Zúñiga Requesens, su preceptor y cuidador de sus hábitos amorosos. La primera noche de bodas, Juan de Zúñiga decidió que su luna de miel no durara más de dos horas, separándolos después en habitaciones diferentes.

Por decisión de su padre, Felipe y Manuela se trasladaron a Valladolid, aunque continuaron durmiendo en habitaciones separadas. En este estado de control sexual, María Manuela enfermó de sarna, sufriendo un sarpullido en las piernas (la higiene no era uno de los principios esenciales de la naturaleza humana en el siglo XVI) lo que motivó que, entre esta enfermedad, el control implacable del matrimonio y el temor a contraer más enfermedades, hicieron que Felipe se volviera esquivo con Manuela y emprendiera sus escapadas amorosas.

A pesar de todas las separaciones controladas de los jóvenes esposos, Manuela quedó embarazada, y el día 8 de junio del año 1545, nació el heredero, Don Carlos, tras un complicadísimo parto que le costó la vida a María Manuela. Quedó viudo Felipe II, a los 18 años; con un hijo, Don Carlos, enfermo de nacimiento, como ya hemos apuntado, y que tantos quebraderos de cabeza proporcionaría después a su padre. El rey sintió verdaderamente la muerte de su esposa y se retiró a un convento franciscano por tiempo de varias semanas, para curar su depresión. En el año 1574, los restos de Manuela fueron sepultados en el Panteón Real del Monasterio de El Escorial, donde todavía descansan.

No se sabe con exactitud si fue durante su matrimonio con María Manuela, o después su muerte, cuando Felipe entabló unas muy cuidadas e ilustradas relaciones sentimentales con Isabel Osorio; en lo que sí hay coincidencia, es que se descubrió esta relación en el año 1545 (año de la muerte de su esposa) También se sabe que Isabel Osorio se encargó, con gran esmero, del cuidado del huérfano infante Don Carlos. Esta relación sentimental le valió al imbécil y traidor Guillermo de Orange, para que se incluyera, de malas maneras, en la nómina de la leyenda negra contra España.

Isabel Osorio era muy bella, culta e inteligente, y cinco años más joven que Felipe. Era conocida por Felipe desde hacía muchos años porque era dama de compañía de la Emperatriz, y después de sus hijas, sobre todo de Juana, que tan buenas relaciones tuvo siempre con su hermano Felipe; es posible que su hermana ayudara, o influyera, para que esta relación se incrementara después de la muerte de María Manuela. Isabel de Osorio fue obsequiada por el rey con valiosos regalos, además de un "juro" de herencia de dos millones de maravedíes. Murió esta amante de Felipe II en Saldañuela, Burgos, en el año 1589 y fue enterrada en un convento que ella misma había fundado. El pueblo castellano la denominó, como "la puta del rey" y se comentó que había tenido dos hijos con Felipe II, cuyos nombres eran Pedro y Bernardino.

Pero al mismo tiempo que se aclaraba la relación sentimental con Isabel Osorio, en el año 1545 ya se corrían las voces de que Felipe, mantenía amores con la hija de un hidalgo de Cigales, Valladolid, con la que, según los chismes de la Corte, tuvo un hijo. También se difundió por la Corte que estaba encaprichado con la hermana de Isabel Osorio. No se sabe que fuera cierto este comentario popular. Lo que sí es evidente es que, a partir del año 1548, se dedicó a viajar por todos los reinos de su padre, y

durante estos viajes menudeaban, con gran profusión, sus relaciones con damas de los diferentes países, aunque, a su vuelta a España, mantuvo su relación con Isabel Osorio, cuya duración fue de 15 años.

El segundo matrimonio de Felipe II fue con María I de Inglaterra, más conocida como María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragón; también existían lazos familiares entre ambos esposos, puesto que su padre, Carlos, era su primo, y además candidato a contraer matrimonio con ella, aunque finalmente se decidiera después por Isabel de Portugal. El matrimonio de Felipe obedeció, como era habitual, a intereses de las respectivas Coronas y alianzas estratégicas.

Había nacido la Tudor en el año 1516, por consiguiente, era diez años mayor que Felipe. (Felipe tenía, entonces, 27 años). La Historia nos describe a María Tudor como *vieja, arrugada, fea, casi calva y con pocos dientes.* Era mujer muy dura de carácter, sobre todo contra los protestantes a quienes sacrificó en la hoguera a varios centeneras de ellos; por ello y otros procesos similares contra los enemigos de los católicos en Inglaterra, fue llamada *Bloody Mary* (María sangrienta). La boda con Felipe II se celebró en Londres, aunque sin la presencia del rey, como mandaba la tradición, en el mes de enero del año 1554. Cuentan las crónicas que, durante la noche de bodas, Felipe hubo de acostarse en el lecho nupcial equipado con toda su armadura, de pies a cabeza, para cumplir con la tradición. Hasta seis meses después no se pudieron juntar los esposos, porque era necesaria la ratificación oficial del matrimonio, mediante la correspondiente misa en la catedral de Winchester.

Estuvo María Tudor muy enamorada de Felipe desde los primeros momentos de conocerle, enamoramiento que la duró toda su corta vida, a pesar de no ser correspondida por Felipe, su esposo. Su salud no era muy fuerte y a los tres meses de su matrimonio se sintió embarazada por la hinchazón de su vientre, pero fue debido a hidropesía. Felipe no atendía a su esposa, la eludía con sus frecuentes viajes, y nunca deseó tener un hijo con ella; mientras tanto, se ocupaba de divertirse con cortesanas de todo pelaje. La última vez que Felipe vio a su esposa, fue en el año 1557, a pesar de las frecuentes cartas que le escribía María implorando su regreso. Después de esta ocasión no la volvió a ver, pues enferma y abatida por la desesperación de no ver a su marido, murió en el mes de noviembre del año 1558. Una vez más, Felipe II se quedaba viudo a los 31 años. Casualmente, el mismo año de 1558, fallecía su padre, Carlos I, en el Monasterio de Yuste.

El tercer matrimonio de Felipe II se realizó al año siguiente de quedar viudo, el 22 de junio de 1559 en París, con Isabel de Valois, princesa francesa, hija de Enrique II y Catalina de Médicis. La Corona francesa, conocedora de las inclinaciones sexuales de Felipe exigió, pero sin acuerdo escrito, que Felipe debía abandonar esa inveterada costumbre de meter la mano donde le apetecía. Se vieron por

primera vez, con motivo de la boda eclesiástica, el día 2 de febrero de 1560, en el Palacio del Infantado de Guadalajara. Tuvieron dos hijas de su matrimonio, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela

Este matrimonio, se distinguió por el amor recíproco que sintieron ambos esposos; Felipe ordenó algo su vida sentimental extramatrimonial y se dedicó a atender debidamente a su esposa, sobre todo después de un difícil aborto (al parecer de gemelos) que sufrió Isabel, que estuvo a punto de acabar con su vida; este incidente le hizo meditar sobre su comportamiento, nada ejemplar, con sus anteriores esposas. No obstante, antes de casarse con Isabel de Valois, y hasta pocos meses después de su matrimonio, ya mantenía a otra amante, la madrileña Eufrasia de Guzmán, princesa de Ascoli, con la que tuvo un hijo: por cierto, también era dama de compañía de la hermana de Felipe, Juana.

Pero la desgraciada vida amorosa, oficial, de Felipe II, a pesar de haber encontrado su verdadero amor con Isabel de Valois, tampoco pudo acabar con la vida de normalidad que hubiera querido prolongar. Isabel también amó mucho a Felipe, pero todo ese mutuo amor se truncó cuando enfermó gravemente con motivo de un complicado embarazo, del que nació una niña, (prematura de cinco meses) en el mes de octubre del año 1568. La niña y la madre murieron el mismo día del parto. Felipe, una vez más, quedaba viudo a los 41 años, de la mujer que más amó, y con dos hijas pequeñas. Pocos meses antes de la muerte de Isabel, murió Don Carlos, cuando contaba 23 años, el primogénito y controvertido hijo de Felipe II, que tantos problemas familiares y políticos le ocasionó.

A pesar de la tristeza en que quedó sumido Felipe, su obligación, como rey, era buscar una nueva esposa que le diera un heredero. Para la elección de la nueva esposa trató de unir las dos familias, española y austriaca, y eligió, o le aconsejaron, la boda con su prima, y sobrina a la vez, Ana de Austria (20 años menor que Felipe) nacida en Cigales, Valladolid, hija de Maximiliano II, primo de Felipe II. A pesar de las protestas del Papa Pio V, debido a la consanguinidad que se establecía, la boda se celebró en Praga el 4 de mayo de 1570, y la luna de miel la pasaron en el Palacio de Valsaín, Segovia, lugar muy querido por Felipe II.

Su matrimonio fue feliz en cuanto a sus relaciones, muy estable, pero muy desgraciado en cuanto a poder disfrutar de sus hijos. Fueron cinco los hijos habidos en el matrimonio, pero solamente uno, Felipe, vivió lo suficiente para ser el sucesor de la Corona española, como Felipe III. La vida de los demás hermanos fue muy breve: Fernando, murió a los seis años; Carlos Lorenzo, murió a los dos años; Diego Félix, murió a los siete años, y María, la única niña, murió a los tres años. Ocho meses después del nacimiento de la pequeña María, moría en Badajoz, su madre Ana de Austria, en el año 1580. Felipe II, no volvió a contraer matrimonio.

Felipe II, una vida nada envidiable, escaso amor conyugal, muchos hijos y abundantes y caprichosos amoríos.

Si repasamos con detenimiento la vida del *Prudente* rey, Felipe II, ni durante su existencia ni, incluso, desde la perspectiva del siglo XXI, poco podríamos envidiar. Los problemas de la Corona española, en esta época, fueron lo suficientemente graves, como para no poder conciliar el sueño durante muchos días. Felipe II fue un hombre de trabajo duro, pero en el despacho. Si nos fijamos en sus múltiples retratos, de diferentes pintores, casi nunca nos lo representan a caballo, como acostumbraba su padre, Carlos I. Nunca intervino en las guerras con el arma en la mano, como las empuñó su padre. Las únicas armas que utilizó fueron las correspondientes a la caza.

Nadie le pudo acusar de abandonar los asuntos de la Corona, de no preocuparse por los problemas de España y de los españoles, aunque se puede discutir su mayor o menor éxito en su forma de tomar decisiones. Defensor a ultranza del cristianismo que defendió, incluso, con todas las armas disponibles en la Corona. Protagonista y responsable de grandes guerras, con grandes éxitos y terribles derrotas. Tres quiebras de Estado por incumplimientos de los compromisos de pagos de la Hacienda Real (1557, 1575 y 1596) que le obligaron a declarar la bancarrota del país, poniéndose a merced de los grandes banqueros europeos, y que esquilmaron los grandes beneficios que llegaban de las provincias americanas. Mantener la grandeza mundial de la Corona, costó muchas vidas y dinero.

No pudo gozar Felipe II de grandes amigos; solamente pudo considerar como gran amigo al Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel; solo tuvo dos secretarios muy fieles, de verdadera confianza: Rui Gómez de Silva y Mateo Vázquez de Leca; otros hombres de estado de Felipe II, también fueron fieles colaboradores, pero la amistad la consideraba de otra forma diferente y que rara vez la encontró. Sin embargo, sus enemigos dentro y fuera de España, fueron muchos, como el traidor Guillermo de Orange y el infiel secretario, también traidor, Antonio Pérez, ambos urdidores de la leyenda negra que, para que fuera eficaz, contaron con la colaboración del dominico Fr. Bartolomé de las Casas con su publicación, no autorizada, de la *Brevísima relación de la destruición de las Indias*; todavía hoy la patraña internacional de esta leyenda nos aflige y desprestigia ante el mundo, con la inestimable ayuda de muchos españoles que, por desconocimiento y falta de estudio, la reconocen como cierta, en lugar de defender a su Patria.

Para terminar este artículo, digamos algo de sus amores extraoficiales, que fueron muchos y variados; desde la cortesana sin fortuna a las mujeres de la alta nobleza, todas pasaron por las armas de su atractiva figura. No perdió nunca ocasión de relacionarse sexualmente con mujeres. Aunque muchos autores escriben que no le apetecía el sexo, esta observación la consideramos como verdadera pero solamente en relación con alguna de sus esposas, aunque no fue así con el resto de las mujeres…

Hubo, y hay, mucha rumorología sobre su vida íntima y sus relaciones con mujeres fuera del matrimonio, de las que ya hemos citado algunas. Sin embargo, fueron muy conocidas en la Corte sus amoríos con Catalina Laínez, Eufrasia de Guzmán, Doña Elena Zapata, Catalina Leney, Magdalena Dacre, aunque ninguna de ellas llegó a ser tan importante barragana como lo fueron Isabel Osorio y Ana Hurtado de Mendoza de la Cerda, princesa de Éboli, trece años menor que Felipe II y muy amiga de Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Las relaciones de la princesa de Éboli con Felipe II, iniciadas después de quedar viuda de Rui Gómez de Silva, muy amigo del rey, son bastante oscuras; al parecer esta bella princesa, pero *voluble, altiva y dominante*, mantenía relaciones íntimas, al mismo tiempo, con Felipe y su secretario Antonio Pérez. Los manejos políticos del secretario y la princesa, en los que involucraban al hermanastro del rey, Juan de Austria, fue el motivo por el que Felipe II, decidió encarcelar a los dos, al secretario y a la princesa, por traidores, en el año 1579 (evitamos relatar aquí toda esta triste historia de traiciones).

Corolario:

Todo tiene fin en esta vida, pero es evidente que los reyes españoles (y extranjeros) en general, fueron, y siguen siendo (mientras no se demuestre lo contrario) unos artistas sexuales, aprovechándose de las facilidades que les proporcionaba su alta posición, actitud que parece ser habitual, digo yo, para aliviar el "peso de la corona", sea de oro, plomo o de hoja de lata. En cuanto a las mujeres extramatrimoniales de Felipe poco que añadir, ni en contra ni a favor; desde un aspecto puramente personal solo quiero apuntar que, entre estas mujeres, las hubo enamoradas, interesadas, verdaderamente aficionadas, y otras muy putas…

Madrid, caminando hacia la "nueva" Navidad, a 17 de diciembre de 2020